

Persona, encuentro en reciprocidad: formar al diálogo intercultural

The Person as a Reciprocal Encounter: Training in Intercultural Dialogue

LUIS ROSÓN GALACHE

DOCTOR EN FILOSOFÍA

PROFESOR TITULAR DE ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA

Resumen

La sociedad tiene necesidad de hombres que estén preparados para afrontar las diversidades culturales, relacionarse con todos, una sociedad donde viva la alteridad, la escucha, la reciprocidad, el reconocimiento. El hombre debe aprender a respetar las convicciones de los otros, salvaguardando las propias, para convivir sin violencia. La educación tiene un gran desafío: formar al hombre a la convivencia pacífica y a través de la relación con el otro entrar en contacto directo con la diversidad. No es fácil convivir con las diferencias, el desafío del diálogo es hacer de tal manera que exista no sólo la empatía, sino el intercambio del enriquecimiento recíproco, donación y apertura a lo diverso.

Palabras clave: alteridad, diálogo, diversidad, donación, formación, reciprocidad, relación.

Abstract

Society needs men and women prepared to face cultural diversities and relate with everyone. We need a society whose members make room for otherness, listening, reciprocity and mutual recognition. We must learn to respect others' beliefs, safeguarding our own, so that we can live together without violence. Today's education has a major challenge: to train men and women for a peaceful coexistence and a direct contact with diversity through the relationship with the others. It is not easy to live with differences. Therefore the challenge is to promote through dialogue not only empathy, but also an enriching and reciprocal exchange, a generous commitment and an open-mindedness towards diversity.

Keywords: otherness, dialogue, diversity, commitment, education, reciprocity, relationship.

1. INTRODUCCIÓN

Vivimos en una sociedad multicultural que nos ofrece la posibilidad de transformarla en intercultural. Este pensamiento exige el compromiso personal de todo hombre que desee habitar en una sociedad en donde reine la ética de la reciprocidad.

La sociedad hoy tiene necesidad de hombres que estén preparados para afrontar la diversidad cultural, que sepan relacionarse con todos, una sociedad donde viva la alteridad, la escucha, la reciprocidad, el reconocimiento. El hombre debe aprender a respetar las convicciones de los otros, salvaguardando las propias, para convivir sin violencia.

La educación tiene por delante un gran desafío: formar y educar al hombre en la convivencia pacífica. Es a través de la relación con el otro como los jóvenes entran en contacto directo con la diversidad, y es aquí donde el trabajo de formación, mediante la educación formal e informal, puede ser transmitido a través de la enseñanza de gestos y acciones constructivas.

Convivir con las diferencias no resulta siempre fácil; sobre todo si partimos del punto de vista de la empatía, seremos siempre limitados, sin embargo, el desafío del diálogo es hacer de manera que exista no sólo la empatía, sino algo que va más allá.

Limitar el diálogo a la empatía es reducirlo, convertirlo en algo superficial; el diálogo sin intercambio no es diálogo, porque el verdadero diálogo es un enriquecimiento recíproco, es donación y apertura en relación con lo diverso.

Sin duda, el desafío para los educadores y formadores es el de transmitir y hacer conocer a los jóvenes el sentido del verdadero diálogo. Si las nuevas generaciones crecen con la convicción de que el diálogo se puede construir en la vida cotidiana, rompiendo las barreras de las diferencias y siendo abiertos a más dimensiones –partiendo de la local, a la nacional y europea para alargarse a una dimensión planetaria como requiere la actual sociedad multicultural, multiétnica y multirreligiosa– la educación saldrá ganando, porque experimentará un giro importante en términos de calidad. No limitándose a la transmisión de saberes científicos, pasará a ser lugar de formación también de valores humanos, generando una educación sin barreras que va más allá del ámbito escolar para ganar la dimensión del mundo, educando en la mundialidad.

Luis Rosón Galache

2. UNA MIRADA A NUESTRA SOCIEDAD MULTICULTURAL

El fenómeno de la globalización ha acortado las distancias y nos ha permitido acceder a lugares que nos parecían inalcanzables, pero también ha traído una *mezcla* de culturas, razas y religiones y hace necesario compartir espacios y lugares sociales entre pueblos y culturas diversas, lo que no siempre facilita la convivencia y puede suscitar conflictos.

Son muchos los factores que contribuyen a la formación de una sociedad multicultural y multirreligiosa. No el menos importante es el fenómeno de la inmigración, un fenómeno que gana terreno en los medios de comunicación e interpela a la política y la economía, que intentan gestionar y encontrar soluciones al fenómeno. Los ciudadanos se ven implicados en el fenómeno porque ven amenazada su seguridad y así se crea una serie de incertidumbres y respuestas, a veces con violencia, que no son la verdadera solución.

Nuestra sociedad está atravesando una fase histórica en la que los valores tradicionales corren el riesgo de ser dejados a las generaciones pasadas sin ser reconocidos tales por las nuevas generaciones. Se habla de crisis de valores que, vistos del punto de vista de la cultura y de la paz, son la base para la formación de una mentalidad pacífica.

Como personas estamos llamados a vivir juntos y en paz, aunque factores externos, como la política y la economía, son portadores de división y llevan a ignorar el hecho de una pertenencia común a la misma naturaleza humana. Este fenómeno ha alcanzado un nivel que no se conocía otro igual y suscita preguntas como nos dice Cicchese (2010, p. 24):

¿Dónde ha ido a parar nuestra natural disposición a la vida en común, nosotros que habíamos «nacido comunidad», plurales, sujetos a la relación con los otros? ¿Cómo hemos perdido el camino, reduciéndonos a la soledad, quienes habíamos nacido de la relación y nos hallamos constitutivamente orientados a la relación con las cosas, los seres humanos y Dios?

Crece cada vez más a nuestro alrededor la diversidad hasta hacernos sentir extraños a todos excepto a los de nuestra cultura, país y religión. Somos y formamos parte de una sociedad multicultural. El período histórico que vivimos se caracteriza por una multiplicidad de experiencias migratorias, relaciones

Persona, encuentro en reciprocidad: Formar al diálogo intercultural

cada vez más frecuentes con personas de otras lenguas y culturas y por numerosos conflictos interétnicos.

Si miramos al fenómeno de la inmigración desde el punto de vista del inmigrante podemos concluir que nace del deseo de realizar un sueño (mejorar su situación económica, un deseo de mayor estabilidad, etc.). Con el deseo de realiza el sueño el inmigrante se *aventura* en largos viajes, inseguros, agotadores y en medios de transporte diversos para alcanzar las *Rich Countries*, que como las define Riccardo Motta (2001, p. 14): «son zonas de fronteras culturales, ricas de recursos naturales, en que deben coexistir, en el mismo territorio, grupos urbanos de tipo occidental, con renta per capita alta, y grupos autóctonos y de inmigración, normalmente de economía tradicional, con renta baja». Son áreas que, según Faedda, ofrecen a menudo una ocasión fácil para formar guetos e indiferencia hacia personas de las minorías.

La identidad cultural del migrante no nace solo de una oposición, del rechazo del otro por prejuicios y la identificación con un grupo de pertenencia, sino a través de las diferentes experiencias que vive, gracias a los ambientes que frecuenta y al encuentro con lo diverso, con las culturas que encuentra en su camino. Estas identidades étnico-culturales viven y conviven en la medida en que son compatibles con el sistema en que se encuentran, de lo contrario el riesgo consiste en que sobrevivan transformándose en culturas-gueto, destinadas a extinguirse con el paso del tiempo.

La identidad es, ante todo, una cuestión de posicionamiento de la frontera. Está constituida por la separación. La oposición clásica entre *nosotros* y *ellos* es una de las dimensiones fundamentales de toda identidad. Pero esta frontera no se da de una vez para siempre, es inestable y mutable y es el resultado de conflictos y luchas entre grupos y actores sociales.

Con la sutil penetración de la globalización se llega a pensar que la cultura puede llegar a ser *global*, objetivo que se alcanzará en el momento en que no existan ya las culturas, sino una única cultura en el mundo, aunque no sea posible, por el hecho de que para alcanzar el global se necesita un empuje unificador socio-cultural, económico y político; no basta solo con que se unan las culturas, es necesaria una unidad de toda la sociedad.

Cada pueblo se reconoce por las características de la nación en la que vive. Su modo de vestir, hablar, pensar y actuar refleja la cultura en la que ha nacido

Luis Rosón Galache

y crecido. Tal herencia nunca podrá ser anulada u olvidada en el tiempo, pues cada individuo lleva consigo los rasgos de la cultura a la que pertenece, por eso se afirma que la cultura es una propiedad interior del individuo. Quizás por eso parece imposible pensar que una cultura pueda no ser aceptada por el mismo individuo.

Si la cultura es el patrimonio que da forma al ser de toda persona, es fácil comprender la dificultad de afrontar una situación en la cual la globalización genere realidades en las que el individuo tenga que *combatir* para custodiar la propia identidad cultural, elemento que aprisiona a la persona en una realidad cerrada, sin la expectativa de un desarrollo ulterior. Según Dotolo (2011, p. 78):

El problema de la identidad suscita la pregunta si existe un momento en el que se forme y se defina de una vez por todas, porque tener una identidad para toda la vida podría revelarse un hándicap, en cuanto limita la posibilidad de controlar de una manera adecuada el propio recorrido existencial.

El problema de la identidad cultural está asumiendo dimensiones cada vez más vastas, no solo en sociedades complejas, sino también en las llamadas *simples*. La identidad cultural atraviesa hoy una crisis profunda a causa del proceso de erradicación debido a la emigración y a la movilidad territorial por la búsqueda de trabajo y a la huida de situaciones políticas y económicas al límite de la supervivencia.

El deseo de paz, común a todos los hombres, lleva a la reflexión sobre la convivencia pacífica entre los pueblos y sobre las estrategias que adoptar para alcanzarla. A este propósito Huntington afirma que «los choques entre las civilizaciones representan la más grave amenaza para la paz mundial» (citado en Bindi y Faedda, 2001, p. 13).

Las culturas son y existen en cuanto existen los hombres que las comparten. Intentar comprender la diferencia-distancia implica un doble razonamiento: ir hacia *el otro*, pero también volver hacia nosotros mismos para ver y comprender nuestra cultura. Charles Taylor afirma: «la identidad de una persona depende de manera crucial de sus razones dialógicas con las otras personas: el concepto de racismo pasa necesariamente a través del rechazo del sentido de interdependencia entre sujetos» (citado en Bindi y Faedda, 2001, p. 15).

Persona, encuentro en reciprocidad: Formar al diálogo intercultural

El miedo nace de la falta de conocimiento y de no querer aceptar los cambios que está atravesando hoy la sociedad. El problema de la inmigración sin control, causada por guerras, hambre, catástrofes naturales y pobreza, nos ha llevado a vivir y convivir de manera extraña con situaciones diversas a las que estábamos acostumbrados, haciéndonos salir de la rutina para entrar en la realidad en la que se encuentra inmersa nuestra sociedad. Dice bien Hannerz (2001, p. 16):

La antropología se ha convertido en signo de proyectos de reflexión, reinención, reconquista. Para algunos esto es síntoma de crisis, pero podría ser signo de vitalidad y de progresiva adaptación a las circunstancias que cambian... captar las nuevas modalidades con las que el mundo encuentra una cohesión en la actual nueva organización del significado y del actuar es un desafío cada vez más importante para la antropología que cambia, entendida como experiencia intelectual y como profesión.

2.1. Educar a la convivencia pacífica

Educar a la convivencia pacífica es invertir tiempo en la formación, es renunciar a tomar la calle más corta donde el resultado final no es eficaz al 100%. Es no querer esconder el mal presente en nuestra sociedad (hambre, miseria, guerra, desigualdad, violencia) por miedo de asustar a los más pequeños, en lugar de tener la valentía de prepararlos para comprender la realidad que vive la humanidad y, al mismo tiempo, formarlos para que no se sientan desanimados frente a todo esto, sino motivados para contribuir a un mundo mejor. Es muy oportuna la reflexión de Montessori (1949, p. 40) al respecto: «una educación capaz de salvar a la humanidad requiere no poco: incluye el desarrollo espiritual del hombre, su valoración y la preparación de los jóvenes a comprender sus tiempos».

Esta formación consiste, ante todo, en dar confianza a las nuevas generaciones para que se sientan dignas de confianza. De este modo tendrán, a su vez, confianza en los otros y lograrán cambiar la sociedad transformándola en una sociedad de paz. Educar a la paz significa ver los derechos no como *obligación* que respetar, sino como algo que pertenece al hombre y que por eso debe ser respetado y valorado. Privar a los hombres de los propios derechos sería como robarles lo que les pertenece.

Educación y Futuro, 35 (2016), 71-93

Luis Rosón Galache

Formar hombres que sepan relacionarse con los otros de manera constructiva es una de las maneras de educar a la convivencia pacífica. Además, saberse relacionar con personas que tienen mentalidades diversas no es importante solo en el contacto con culturas diversas. También en las relaciones internas del mismo pueblo, barrio o familia, podemos enfrentarnos con modos de pensar que difieren de los nuestros. La flexibilidad se adquiere con el tiempo y, por tanto, es natural que venga desarrollada desde pequeños, porque no podemos pensar que la paz sea una cuestión que afecta solo a las personas con cargos de responsabilidad, también pertenece a todo ciudadano, incluso a las nuevas generaciones que son la base y el futuro de la humanidad. Escribe Montessori (1949, p. 108):

¿Creemos y repetimos que para actuar la paz es necesaria una cooperación entre los pueblos? Pues bien, en primer lugar, es necesaria una colaboración con los niños. Los adultos han hecho ya mucho por sí mismos, han hecho mucho por eliminar la injusticia, han buscado la cooperación, pero en vano, porque en todo esto falta una cosa fundamental. Los esfuerzos vanos, cuando falta el terreno sobre el que cimentar el edificio.

En esta lógica, se coloca una educación que apunta ante todo a la paz, a la fraternidad, a la igualdad, a la valoración de la diversidad, para después dar un particular relieve a una educación intercultural. La tarea educativa de la escuela es la de llevar a cabo una mediación entre las diversas culturas en la lógica de una convivencia constructiva en un tejido social y cultural multiforme. Esto significa aceptación y respeto del diverso, reconocimiento de su identidad cultural en la perspectiva de una efectiva inserción social. En la óptica de la sociedad multicultural, Orlando (2003, p. 99) afirma:

Una sociedad que se caracteriza cada vez más como multicultural está llamada a construir modelos de convivencia que armonicen las leyes de la acogida con las leyes de la pertenencia y del pluralismo, respetuosa de la diversidad, vista como valor que experimentar en la vida de la misma sociedad.

Uno de los objetivos principales de la educación a la convivencia pacífica es promover la formación de seres humanos no violentos, o sea, personas que tengan confianza en sí mismas y en los otros; que sepan intervenir de manera creativa y personal en un contexto determinado y logren modificarlo teniendo como base la humanidad; que se comprometan a resolver los pro-

Persona, encuentro en reciprocidad: Formar al diálogo intercultural

blemas sin violencia; que sepan trabajar en red a nivel mundial y busquen la verdad sin pretender tener su propiedad exclusiva.

Partiendo del contexto educativo, o sea, la paz en ambiente escolar, debe notarse como ésta no se obtiene teniendo como objetivo la obtención del máximo grado de los conocimientos, sino más bien privilegiando la relación con los otros. Rousseau, como precursor de la educación a la paz, considera que el individuo es, por naturaleza, pacífico y tímido hasta el punto que no existen guerras entre individuos sino solo guerra entre los estados. Partiendo de este punto de vista, Montessori (1949, p. 77) afirma:

¿Cuál es el objetivo de la educación? Ante todo, el de llenar los vacíos, colmar las lagunas, que son amplias y graves. Su primera finalidad debe ser la valoración de la personalidad y el desarrollo de la humanidad. Quien se proponga estos dos fines podría ser inducido a pensar que para el desarrollo de la humanidad sea necesario formar una individualidad amante de la paz, y que el conjunto de los individuos educados así constituiría de consecuencia una sociedad pacífica.

La educación a la convivencia pacífica deriva del deseo de desarrollar un modo nuevo de ver, de entender y de vivir el mundo, comenzando por el individuo para pasar a los otros hasta formar una red. Si es gota a gota como se forma el océano, podremos decir que de gesto en gesto de solidaridad construimos un mundo más fraterno. Como confirmación de esto, Montessori (1949, p. 83) dice: «Nuestra esperanza en la paz futura no reside en las enseñanzas que el adulto puede dar al niño, sino en el desarrollo normal del hombre nuevo».

Los factores de exclusión social son las primeras actitudes que amenazan la paz. Educar a los estudiantes a una cultura de la inclusión, en vez de una de la exclusión, es el objetivo principal para mantener la paz dentro y fuera del ámbito escolar. Para educar en la convivencia pacífica es preciso educarnos primero nosotros para poder transmitir después a los otros tal enseñanza. Si estamos convencidos que la paz es posible, nada podrá asustarnos, nada bloqueará nuestro camino hacia una educación pacífica.

2.2. Los valores en la escuela

También la escuela puede dar una válida y preciosa contribución desde la más tierna edad ofreciendo una eficaz y creíble alternativa a las propuestas negativas y contribuyendo a la formación de la personalidad.

Luis Rosón Galache

Los estudiantes en la escuela se encuentran en contacto con muchachos de otras culturas y con hábitos y costumbres diversos, pero también y, sobre todo, con mentalidades y valores diferentes. Es una tarea que exige la colaboración, en primer lugar, de los padres, que deben educar a los hijos a los valores del respeto y de la convivencia con las diferencias y, después, de la escuela, lugar donde se profundizan y se pueden hacer experiencias al respecto. Sobre el papel de la educación Cambi insiste:

... un papel crucial, decisivo, irrenunciable se asigna (se le debe asignar) a la educación. A un fuerte compromiso educativo difuso y capilar, que permita la proyección/construcción de nuevos valores, de nuevas mentalidades, de nuevos modelos de convivencia social, de construcción del sujeto, de colaboración entre los pueblos y entre las culturas.

La educación intercultural favorece la convivencia democrática en el respeto de toda persona y en el reconocimiento de las diversas identidades culturales y costumbres, para la construcción de un diálogo e intercambio con el fin de un enriquecimiento mutuo.

2.3. Educación formal y no-formal

Cuando hablamos de educación, nos referimos a la formación del hombre en su totalidad. La educación humana se lleva a cabo no sólo en el contexto escolar, sino también en la familia y en los varios ámbitos de la sociedad en la que la persona se encuentra inserta (asociaciones, movimientos, centros de jóvenes, diversos tipos de grupos). El hombre nace con todas las capacidades primordiales para recibir la educación, que inicia ya cuando se es pequeño con elementos que serán indispensables para una vida adulta, para saber convivir en una sociedad. A este propósito afirma Rosseau (Casella, 2010, p. 86):

Es costumbre lamentarse de la condición de la infancia: no se comprende que la especie humana habría perecido si el hombre no hubiese comenzado a vivir como niño. Nacemos débiles y tenemos necesidad de fuerza; nacemos desprovistos de todo y tenemos necesidad de asistencia; nacemos estúpidos y tenemos necesidad de juicio. Todo lo que en el nacimiento no poseemos y que nos será necesario como adultos nos lo procura la educación. La educación nos viene impartida o por la naturaleza o por los hombres o por las cosas. La de la naturale-

Persona, encuentro en reciprocidad: Formar al diálogo intercultural

za consiste en el desarrollo interno de nuestras facultades y órganos así desarrollados; la adquisición de una nuestra experiencia personal mediante los objetos de los que recibimos impresiones es la educación de las cosas.

La formación de la persona humana comienza en casa partiendo de los padres que educan al niño en buenas maneras y a los comportamientos que deberán prepararlo a la vida social y afectiva, procurándole los instrumentos y los valores necesarios para la vida en sociedad. Tal formación comprende el modo de vestir, presentarse, hablar, comportarse, el respeto de los otros, de las reglas como algo imprescindible de la primera fase de la educación que todo ser humano recibe de la familia antes de entrar en contacto con la escuela.

La segunda fase de la educación es la que recibe en la escuela a través de la enseñanza de las diversas disciplinas. Será de una gran importancia en su vida y en su formación cultural e intelectual. En la escuela los elementos de la educación recibida en casa no se contraponen ni separa de los contenidos escolares, sino que son desarrollados y enriquecidos en contacto con la ciencia, o sea con las informaciones obtenidas en el desarrollo escolar. Como afirma Catalfamo (1999, p. 61):

La educación científica... se debe poner al servicio de la inteligencia; la educación de la inteligencia debe servir para fortalecer la voluntad; la cultura debe formar el carácter moral y éste, a su vez, debe apoyar sobre el espíritu religioso.

La educación puede ser desarrollada en diversos ambientes y en varios momentos de la vida. Si la escuela constituye el lugar de la educación formal, no olvidemos que educar es una función que todos tienen: aprendemos en una conversación con una persona de otra cultura que ha recibido una educación diversa a la nuestra, es decir, que nuestro aprendizaje depende de la escuela, pero también de la vida que llevamos a cabo en los diversos ambientes. La educación es algo que se adapta en cualquier lugar. Por eso comprende todo lo que ayuda al hombre a desarrollar sus capacidades no solo intelectuales, sino también morales, físicas, psíquicas y religiosas. Son todos factores importantes para formar al hombre y prepararlo a vivir en sociedad.

Otra forma de educación se refiere a la formación a la experiencia religiosa; Catalfamo (1999, pp. 61-62) considera este aspecto no solo como uno de los

Luis Rosón Galache

factores educativos sobre los cuales se busca reflexionar, sino que ve en la educación religiosa el fundamento de los otros niveles de educación (moral, social y familiar).

La educación es un factor que viene dado y acogido en varios momentos; por el simple hecho de haber sido acogidos con cortesía se aprende a ser corteses; somos educados también por las acciones que recibimos de los otros. Esto nos dice que el acto de educar sobrepasa los límites del ámbito institucional y llega a la vida pública, a la vida cotidiana. Educar es dar lo que sabemos, conocemos y somos y, al mismo tiempo, recibir del otro conocimientos, valores y actitudes que nos enriquecen. No podemos pensar una educación donde solo se recibe, sin dar nada, la educación es un intercambio continuo de acciones y gestos que ayudan a formar al hombre completo e integral.

En el acto de educar nada va perdido o visto como *innecesario*, todo es importante, todo contribuye a ensanchar nuestros conocimientos hacia lo que no sabemos, o que pensamos que sabemos. Todo se convierte en patrimonio del hombre, porque todo sirve para su crecimiento intelectual, relacional y afectivo. Es interesante, al respecto, la reflexión de Malizia (2008, p. 27): «La educación constituye un instrumento indispensable para realizar un auténtico desarrollo humano, es decir, para consentir a la humanidad avanzar hacia la meta de la paz, de la libertad y de la justicia social.»

Si es verdad que la educación va más allá del ámbito escolar, el hecho de educar a los grupos a la convivencia pacífica es una preciosa contribución no sólo a la vida al interior de la sociedad, sino también a la educación a la mundialidad.

Un tipo de educación no-formal es el que llevan a cabo tantos grupos de tipo religioso o formativo, uniendo el pensar al actuar. Durante la formación de los grupos se crean espacios de profundización, de reflexión y de intercambio de las experiencias vividas que van más allá de los límites de la educación formal hasta el punto que la educación adquiere una dimensión interactiva, donde se establece una relación entre formador y formando.

En el compartir experiencias que desarrollan los grupos de dimensión familiar es donde la formación se convierte en participación y las personas se sienten responsables de la formación unos de otros. La formación realizada de forma concreta, con el formador que ofrece su experiencia poniéndola a confronto con lo que enseña, tiene un efecto aún más formativo porque da al

grupo la oportunidad de gozar de la misma realidad vivida y de no separar la teoría de la práctica.

3. FORMAR AL DIÁLOGO

Si educación formal y no formal son factores externos de los cuales el hombre puede fruir para su formación a la paz, no hemos de olvidar que la naturaleza humana es de por sí propensa a la relación con los otros, es decir, comprende la posibilidad de *ser* en diálogo con el otro. Cicchese (2010, p. 124) afirma: «El ser humano es diálogo, antes aún de hacer diálogo con el otro. Y lo actúa en cuanto es un ser que vive en relación y es capaz de comunión con los otros». El hombre está llamado a vivir con los otros y más allá de la cultura o religión a la que pertenezca. Aristóteles (1994, pp. 18-19) afirma: «El hombre es un ser social y llevado por la naturaleza a vivir junto a los otros»; «por naturaleza es un ser que vive en comunidad». Los seres humanos, divididos en etnias, culturas y religiones tenemos en común la misma naturaleza humana. Cada uno posee talentos diversos, capacidades y mentalidad diversa. El ser humano ha nacido para vivir junto a los otros en perfecta armonía, pero, a veces, la razón nos lleva a vivir la diversidad como un problema, una amenaza, a veces escondida. La apertura al diverso, sin embargo, haría al hombre más libre y más feliz porque resaltaría su naturaleza capaz de ir de acuerdo con todos. Tal capacidad se adquiere ultrapasando los límites del propio yo para abrirse cada vez más al tú, al otro diverso de mí, pero hombre conmigo y como yo.

Spolnik (2004, p. 223) sostiene: «La capacidad de transcendencia, que favorece experimentar al otro como prójimo, implica el esfuerzo constante del ser humano de erradicar de la propia interioridad el miedo del otro y el desprecio por el otro». Tener miedo del otro quiere decir no ser capaces de superar la *naturaleza humana* y éste es uno de los motivos por el que no nacen las relaciones. Ebner nos propone vivir el autoconocimiento y la autoconsciencia, que, según él, son elementos indispensables para afrontar de forma más adulta la relación con el otro. Para superar estos miedos y dificultades, Wiczorek (citado en Spolnik, 2004, p. 223) dice que es necesario el elemento-clave, es decir, el encuentro en el que se realiza la «parentela espiritual», de «similitud» que nos permite ir al encuentro con el otro afrontando con determinación los miedos y desconfianzas recíprocas.

Luis Rosón Galache

Ante el otro debemos estar en actitud de escucha y de respeto, rechazar la comprensión de la persona humana quiere decir ser incapaz de aceptar y reconocer la nuestra. Es inútil creer que entendemos al otro si no estamos dispuestos a comprendernos a nosotros mismos y nuestros límites. Entonces hemos de preguntarnos: ¿cómo podemos hacer para incrementar el diálogo interreligioso de manera que la religión no sea considerada un problema para el hombre o la sociedad y sea un puente capaz de unir pueblos y naciones? Somos conscientes que no son las religiones a promover el diálogo interreligioso, sino las personas que las representan, y que el conflicto no es un problema que tiene su origen en la religión, sino que nace de las relaciones entre los hombres. Por tanto, advertimos la necesidad de formar a la relación con las otras religiones.

El primer paso que dar en tal sentido es, según mi parecer, convencerse que sin el diálogo nunca nos entenderemos; sin el diálogo no llegaremos a la paz; sin el diálogo no podremos ofrecer a las futuras generaciones un mundo mejor donde se pueda gozar de la libertad de *ser-en-relación* con todos. Como consecuencia es deseable la creación de un circuito de formación al diálogo religioso en todos los ámbitos: escolar, familiar, parroquial, grupos y movimientos religiosos y civiles. Subraya muy bien Sottocornola (2002, p. 140) el papel importante de la formación al diálogo interreligioso:

Es necesario reaccionar con un proceso de adaptación a éstos (los cambios), que, a su vez, requiere un modo nuevo de afrontarlo en los campos de la educación y de la formación, de modo tal que los seres humanos puedan afrontar este nuevo cambio de manera positiva y fecunda.

Otro elemento formativo que podría ser de gran ayuda para afrontar de manera positiva la relación con las personas de otras religiones es el conocimiento del otro en su totalidad: cultura, costumbres, usos y tradiciones son interesantes no sólo como curiosidad, sino para tener elementos informativos en grado de ayudarnos a establecer un diálogo.

Uno de los criterios fundamentales en la formación al diálogo interreligioso es madurar una actitud positiva hacia las otras religiones. Superar todo prejuicio existente, toda actitud de catalogación de las religiones de los otros, presupone ser libres de todo condicionamiento que pueda impedir este diálogo. Exige tener una información correcta de las otras religiones sin parar-

Persona, encuentro en reciprocidad: Formar al diálogo intercultural

nos en lo que vemos u oímos decir, sino buscando comprender lo que esa religión representa para sus creyentes.

Formar al diálogo interreligioso quiere decir crear las condiciones mínimas para que se dé un impulso hacia la reciprocidad, al intercambio de las riquezas presentes en cada religión, lo que significa estar dispuestos no sólo a dar, sino también a acoger, de manera positiva, lo que el otro puede ofrecerme.

A nivel más amplio, se puede decir que para llegar a una cultura global sería necesario que las naciones estuvieran más unidas no solo en el momento de necesidad, para prestarse ayuda mutua, sino también en el reconocimiento de las diversas culturas. Por ello, ha nacido el deseo de repensar a cómo el mundo está afrontando hoy el problema crucial de la identidad cultural. Es necesario, sin duda, cambiar nuestro modo de actuar respecto al *diverso* y después buscar el vivir relaciones pacíficas, sustituyendo el término *pérdida* por el de *ganancia*. El diálogo no llevará nunca a la pérdida de la identidad porque ésta tiene una verdad suya que nunca será olvidada o perdida en el tiempo, como afirma Cicchese (2010, p. 60):

Muchos se preocupan por su identidad. Esto es justo y natural. El verdadero diálogo, no obstante, significa poner en juego esta identidad, que, justo porque nos pertenece, no podrá nunca ser perdida. Y sin embargo la ascesis y el sacrificio está justo en el tomar la decisión de «salir de sí mismos», para ir al encuentro con el otro.

Es necesario conocer al otro para poder vivir de manera amigable y no conflictiva. En el momento en el que el otro se siente comprendido y aceptado, caen las barreras de las diferencias. El contacto con *lo diverso* ha existido siempre, pero hoy se ha convertido en algo que nos da miedo. La natural *curiosidad* que *lo diverso* despierta en nosotros nos impulsa a seguir dos caminos *diverso*: el del descubrimiento y la apertura a un nuevo modo de actuar y pensar, o bien el del miedo y de la desconfianza que lleva a encerrarse ante quienes vienen de un país *diverso*.

Formar al diálogo significa también educarse a convivir en la sociedad disfrutando de aquellos aspectos positivos que nos ofrece, y compartiendo con los otros las cosas que poseemos, sean palabras, gestos o bienes, dando equilibrio a nuestras acciones y a la sociedad misma. Es también intentar tener una

Luis Rosón Galache

conciencia moral sólida, un pensamiento convencido que los factores y condicionamientos externos no pueden destruir.

El diálogo es la *medicina* para sanar el mal que aflige al mundo. El diálogo con las religiones es hoy una necesidad vital y no sólo para evitar choques de cualquier tipo entre hombres y culturas, sino también porque sin una vida de diálogo no se puede alcanzar la paz. No le falta razón a H. Küng cuando afirma que «No hay paz mundial sin paz religiosa, como no hay paz religiosa sin diálogo». La paz entre las religiones es una de las condiciones de la futura paz mundial.

Para poder formar al diálogo, es necesario partir de la educación de nuestra reacción respecto a los males que dominan el mundo: guerra, hambre, injusticia, violencia... Si comenzamos a no aceptar de forma pasiva el perdurar de tales males, quiere decir que hemos comenzado a educar nuestra conciencia y estamos dispuestos a buscar cómo salvaguardar los bienes que pertenecen a todos, entre ellos, la paz.

Es necesario salir del egoísmo de pensar que todo lo que es bueno nos pertenece sólo a nosotros. En la perspectiva de la formación al diálogo la visión del *nuestro* está casi anulada, pero eso no quiere decir desposeerse de lo que es nuestro, sino tener una visión clara de lo que me pertenece y lo que pertenece a todos. En este sentido, la paz es un bien que pertenece a todos los hombres, independientemente de la religión, cultura o raza. Algunos autores, como De Souza (citado en Orlando, 2003, p. 44), ponen de manifiesto que las nuevas generaciones ven la posibilidad de un enriquecimiento mutuo:

Nuestros jóvenes han nacido ya en una sociedad plural, y por eso no tienen dificultades en confrontarse con el pluralismo religioso-cultural en la escuela y en la sociedad. Pueden fácilmente convivir con personas de pertenencia religiosa y étnica diversa sin sentirse incómodos, más aún demuestran interés por lo diverso mostrando una actitud de apertura.

3.1. El dialogo en la vida cotidiana

Cuando se piensa en el diálogo rápido viene en mente el diálogo entre los jefes de las grandes religiones como camino para construir la paz, y esta exi-

Persona, encuentro en reciprocidad: Formar al diálogo intercultural

gencia de dialogar en el campo religioso es indispensable para garantizar una paz duradera entre hombres de religiones diversas. Sin embargo, esto no excluye la colaboración en la construcción de la paz de todos los hombres partiendo de la vida cotidiana, compromiso que no excluye a nadie: creyentes y no, hombres, mujeres, jóvenes de todos los niveles culturales, económicos e intelectuales.

El diálogo en la vida cotidiana se construye a través de relaciones personales que establecen las personas en el trabajo, en la familia, en la escuela, en el mercado, con los vecinos de casa, etc. Durante la jornada vivimos el contacto con diversos tipos de relaciones. No siempre estas relaciones se desarrollan según nuestras expectativas porque la diversidad de pensamiento y de acción de manifestaciones humanas están presentes y determinan dificultades como incomprendiones, discusiones y malentendidos. El desafío del diálogo cotidiano es concluir la jornada habiendo realizado un diálogo eficaz, capaz de construir relaciones positivas, superando los momentos críticos que no nos permiten alcanzar el objetivo, y esto es posible a través de técnicas y un oportuno entrenamiento.

Vivir el diálogo en la vida cotidiana es un arte que requiere también una cierta fantasía en el establecer relaciones con todos, utilizando técnicas que ayuden a mantener las relaciones ya existentes y a establecer nuevas o a restablecer si han sido amenazadas o enfriadas. Una pregunta para romper el silencio, una respuesta afable, la búsqueda de un punto de acuerdo y sobre todo la utilización de la comunicación no verbal es fundamental para permitir comprender al otro a través de sus manifestaciones. Al respecto dice R. Guardini (1967, p. 127):

El hombre lleva consigo un mundo interior, actos, estados, sentimientos, que antes están escondidos, pero, después, recuperada la palabra, se expresan en el hablar, en la actitud del rostro, en los gestos, en el porte, en la acción, y así pueden encontrar manifestación.

El diálogo no es un hecho ya realizado, sino algo que se construye día tras día en cada momento comenzando a partir de quien está al lado. No se llega al diálogo viviendo solos, aislándose, sino que es necesaria la relación con el otro, la relación recíproca. Una relación que sobrepasa los límites de las relaciones de simple conocimiento para reconocer al otro como prójimo. Para Spolnik (2004, p. 214):

Educación y Futuro, 35 (2016), 71-93

Luis Rosón Galache

El encuentro-relación justa con el otro ser humano requiere, pues, en primer lugar, la capacidad de experimentar en la propia interioridad lo humano en el hombre. Cuanto mayormente uno experimente dentro de sí la propia humanidad conociéndose y viviéndose realmente como realidad espiritual, tanto más es favorita y facilitada en él la posibilidad de experimentar lo humano en el otro, o sea, conocer al otro y experimentarlo como próximo.

Cuando entramos en diálogo con el otro entramos también en relación, ¿qué quiere decir ser en relación con el otro? Sobre el argumento se han interrogado pedagogos, filósofos y pensadores. Hoy, al menos en el ámbito cristiano, son varios los autores concordes en decir que entrar en relación quiere decir ser capaces de hacer propias las alegrías y dolores del otro, viviendo la dinámica de la vida trinitaria, es decir la *perijóresis*. Si ante cualquier persona que encontramos en el día a día, del tipo que sea, tenemos la actitud de ir más allá de la simple cortesía y buscamos comprenderla a fondo compartiendo sus preocupaciones, sentimientos, necesidades, entramos en relación poniendo las bases para un diálogo entre nosotros.

La dinámica de las relaciones entre las personas tiene una necesidad de apertura por ambas partes: para que alguien pueda entrar, es necesario encontrar una puerta abierta y esto sucede en el momento en el que yo, en cierta manera, dejo de existir para que el otro exista en mí. Ott (1983, p. 68) afirma que:

El otro es entonces, en cierta medida una «parte de mi vida interior». Y no solo la imagen del otro, que yo me hago de él, es «parte» de mi «vida interior», pero el otro mismo; porque en mi experiencia vivida se trata del otro. También cuando «me equivoco», en el preocuparme, también si no hay razón alguna para ello, para mí se trata propiamente del otro.

El diálogo es un enriquecimiento recíproco, es quererse, es sentirse ya hermanos, es crear la fraternidad universal ya en esta tierra. Y para poderlo vivir es necesario el amor que brota del deseo de querer el bien del otro. El diálogo sin el amor no es diálogo, amar quiere decir dar lo que tenemos dentro por amor del otro y después también recibir y enriquecerse; este es el verdadero diálogo, llegar a ser *hombres mundo*.

El diálogo en la vida cotidiana está basado sobre el completo *vaciamiento* de sí mismo para poder acoger al otro; escucharlo para poder después dar sin

Persona, encuentro en reciprocidad: Formar al diálogo intercultural

pretensiones. Pero es necesario vivir el amor desinteresado sin querer que el otro acepte nuestros puntos de vista; es necesario ser conscientes de que, en el momento en el que compartimos las experiencias personales y nuestros puntos de vista, nos enriquecemos mutuamente: lo que pertenecía a uno es de todos. Guardini (1967, p. 125) dice que «la comprensión del otro tiene presupuesta la actitud de libertad y de respeto recíproco»; es decir, es en el respeto del otro donde el diálogo se hace motor propulsor de una sociedad pacífica y fraterna.

En la relación entre las personas, el diálogo es visto como el punto más alto de las relaciones. En el momento en que entramos en diálogo con el otro se establece una relación que va más allá de las diferencias que puedan existir. El desafío del diálogo comprende no sólo los pertenecientes a religiones diversas, sino también a las personas de la misma religión, familia, etc.; más aún, se podría decir que justo en familia comienza el entrenamiento para la construcción del diálogo.

3.2. El servicio de la promoción del diálogo

Ponerse al servicio del diálogo es un reclamo auténtico para los que deseamos ardientemente la construcción de una sociedad de paz. Partiendo de la necesidad de transformar la sociedad del conflicto en una sociedad de personas dialogantes, se ha constatado la importancia de algunos elementos indispensables para la promoción del diálogo.

Ante todo, está la dimensión de la escucha. Para poder entrar en diálogo con el otro, es necesario entrenarse en la dinámica del callar, del silencio al servicio del otro, de la escucha. Esta dinámica es esencial para la construcción del diálogo. Dice al respecto Cicchese (2010, p. 134):

Un hombre que no ha aprendido nunca a escuchar, no será nunca capaz de dialogar. El diálogo no comienza con un acto del decir, sino, paradójicamente, con un acto del escuchar. La verdadera comunicación, en efecto, parte del silencio, lugar donde el ser humano se hace «escuchante», condición imprescindible para ir, activamente, «al encuentro del tu».

La ausencia de escucha caracteriza la sociedad actual y resulta uno de los problemas comunes a muchos países. Vivimos en una sociedad *parlante*: reco-

Luis Rosón Galache

rriendo las ciudades oímos ruidos de todo tipo: coches, músicas, trabajadores con sus máquinas, personas que hablan. De todo ello nace el olvido del silencio, no estamos acostumbrados a oír el silencio, ya no lo conocemos, escuchar a quien habla se hace pesado, se habla, pero no se escucha. Es difícil escuchar al otro porque no hemos aprendido a escuchar el silencio, es decir, a ir hasta el fondo de nosotros mismos para escuchar el silencio y entrar en relación con Dios y, como consecuencia, con el prójimo; somos bombardeados de tal manera por nuestros pensamientos y por las cosas que hemos de hacer que no logramos escuchar hasta el fondo a quien nos está hablando.

La escucha vivida de manera justa se hace diálogo, como recuerda Cicchese. Para poder vivir el verdadero diálogo es necesario ante todo escuchar; es imposible vivir el diálogo si dos personas hablan al mismo tiempo. Ante quien habla la actitud de quien escucha debería ser la de *hacer el vacío*, es decir, estar despojado de todo pensamiento, de todo deseo y poder penetrar en la realidad y en las necesidades de quien habla. Cicchese (2010, p. 48) hace una bonita reflexión cuando dice: «la escucha es un ejercicio que requiere ser presentes a sí mismo y a los otros, sin distracción». Constatamos entonces que la escucha no se puede improvisar, sino que se pone en práctica en la vida cotidiana, como si fuera un entrenamiento que requiere también un acto de voluntad.

Si se es capaz de escuchar al otro hasta el fondo, *sin prisa y sin prejuicios* se es capaz de entrar en diálogo con él. Neher (1983, p. 61) afirma: «La condición ineluctable de la escucha es el silencio y quien no calla, mientras el otro habla, no está en situación dialogal; se complace y se cierra en el monólogo, cuya puerta cerrada exige ser forzada por el diálogo.»

En la naturaleza humana está presente el sentido de la *relacionalidad*, tenemos la capacidad de entrar en relación con el otro, pero a veces nos paramos ante las dificultades que encontramos como vencer el respeto humano, dejar a parte nuestras ideas, borrar del corazón los sentimientos contra otros, *catalogar a las personas* o tener miedo del otro. Este modo de pensar y de afrontar las dificultades de las relaciones puede ser superado con valentía y determinación si cambiamos nuestra mirada sobre el prójimo: hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, por tanto, somos invitados a ver al otro como Dios lo ve, con amor y misericordia. El otro es una persona como yo y no podrá hacerme mal.

Persona, encuentro en reciprocidad: Formar al diálogo intercultural

Es en el servicio al otro donde se crean relaciones de fraternidad y de ayuda recíproca, pero para llegar a esto es necesario el amor, aquel amor que viene de Dios e informa la relación del yo con el Tú. Es en el amor donde el yo se abre al Tú y por eso el amor se revela como la verdadera vida espiritual del hombre, el amor a Dios y al prójimo. Pero también el yo debe estar disponible para abrirse al Tú. Dice justamente Buber (2000, p. 51): «Dios habita donde se le deja entrar.»

La relación no puede existir sin la relación *yo-tú*. Más allá de la naturaleza humana, que se manifiesta en el particular carácter de una persona, existe algo, mejor, existe alguno, que lo lleva a la relación justa humano en lo humano. Esto es como un lazo entre dos sujetos porque el yo fuera del tú es una relación inexistente. La naturaleza del yo implica necesariamente la presencia del tú, el verdadero Tú del yo es Dios y es por eso por lo que es imposible pensar que se construya una relación justa sin que el yo reconozca a Dios como su verdadero Tú. Solo aquél que ha encontrado en Dios su verdadero Tú encuentra el camino para la relación.

Los hombres son capaces de reconocerse como hermanos y amarse mutuamente solo si tienen el amor hacia Dios, es decir, el amor hacia el prójimo es justificable solo por el amor hacia Dios, sin este presupuesto tal relación está destinada al fracaso. Dice bien Spolnik (2004, p. 192): «El yo por si solo se revela vulnerable y peligroso, porque vive lejano de la casa del propio ser, caracterizado por la unión ontológica en la reciprocidad del propio tú.»

4. CONCLUSIÓN: RECIPROCIDAD, ELEMENTO ESENCIAL DEL SER PERSONA

La relación de reciprocidad da al hombre la capacidad de reconocer al otro como sí mismo y de comprenderlo: *sé que me comprendes*. Las personas tienen necesidad de ser comprendidas y amadas y tener la confianza de que quien está delante es igual a ellas. Es la reciprocidad quien garantiza al partner las condiciones que consienten aceptar y comprender mutuamente las manifestaciones del otro. Significativo el pensamiento de Spolnik (2004, p. 191) cuando dice que el nivel máximo de reciprocidad se alcanza cuando, en la relación, se llega a compartir el propio ser.

Luis Rosón Galache

Relacionarse exige la capacidad de ser *uno* con el otro, viviendo junto a él sus necesidades; ésta es la verdadera relación donde nos ayudamos recíprocamente. Como afirma Spolnik (2004, p. 191): «No basta una predisposición natural a la relación con el otro. Es indispensable hacerse recíproco al otro, encontrarlo en una relación concreta». Ser uno con el otro quiere decir ser cercano a él, porque se puede ser *cercanos* o ser *con* pero no ser *en* él. La proximidad real entre las personas no se identifica con el espacio físico que separa los cuerpos de las personas. Nuestra experiencia cotidiana enseña que, después de un encuentro *cara a cara* se da la separación, o sea, termina la copresencia física en el espacio, pero continúa la apertura recíproca y el sentido de cercanía.

Vivir las relaciones de forma justa no es sencillo, exige también dejarse poner en discusión, como anota Cicchese (2010, p. 111):

Se trata de dejarse poner en discusión por el otro, aceptando con sentido de disponibilidad y de reconocimiento (¡con amor!), todo cuanto puede decirnos él. Si el otro habrá escuchado verdaderamente, creará no sólo una «caja de resonancia» respecto a nuestro pensamiento, favoreciendo su expresión, sino también un espacio vital de manifestación de la verdad. En este tipo de relación no hay otro presupuesto que el amor intercambiable «el estar dispuestos a dar la vida el uno por el otro.

El hecho que por vivir al otro debemos *despojarnos* de nosotros mismos podría inducir a pensar que viviendo así podríamos acabar por no existir, por no ser nosotros mismos. En realidad, en la relación recíproca no existe una pérdida, sino una ganancia para ambas partes porque el ser en el otro nos enriquece. Dice Ebner (1963, p. 19): «Éste es el primer y último problema del hombre, el alfa y el omega de su vida espiritual: frente a la múltiple fragmentación de su vida llegar 'existiendo' a la relación justa». Esta dimensión de la relación se puede disfrutar sólo cuando la realidad de la reciprocidad es existente, si no, la relación llega a la camaradería pero no a la reciprocidad que nos lleva a descubrir el verdadero sentido del diálogo.

Para concluir, quiero recordar una cita de la Concilio Vaticano II Declaración *Nostra Aetate* (1965, p. 5) donde se habla de la fraternidad universal que es el punto de llegada del diálogo: «No podemos invocar a Dios como Padre de todos los hombres si rechazamos comportarnos como hermanos hacia algu-

nos de los otros hombres creados a imagen de Dios». Esta mirada hace desvanecerse la teoría de la discriminación que implica la dignidad humana entre hombre y hombre, entre pueblo y pueblo. En nuestra sociedad actual sentimos la necesidad de invertir las fuerzas, profundizar las ideas y las reflexiones en la formación al diálogo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aristoteles. (s.f.). *Etica Nicomachea: Introduzione, traduzione, note e apparati di C. Mazzarelli*. Milano: Rusconi.
- Bindi, L. y Faedda, B. (2001) *Luoghi di frontiera: Antropologia delle mediazioni*. Cagliari: Punto di Fuga.
- Buber, M. (2000). *Il cammino dell'uomo secondo l'insegnamento chassidico*. Monastero di Bose: Qiqajon.
- Cambi, F. (2006). *Incontro e dialogo: Prospettive della pedagogia interculturale*. Roma: Carocci.
- Casella, F. (2009). *Storia dell'educazione e della pedagogia: Epoca Moderna e Contemporanea*. Roma: LAS.
- Catalfamo, G. (1999). *Storia della pedagogia*. Milano: Spiegel.
- Cicchés, G. (2010). *Incontro a te: Antropologia del dialogo*. Roma: Città Nuova.
- Dotolo, C. (2011). *Cristianesimo e interculturalità: Dialogo, ospitalità, ethos*. Assisi: Cittadella.
- Ebner, F. (1963). *Scriften II – Notizen, Tagebücher, Lebenserinnerungen*. München: Kösel-Verlag.
- Guardini, R. (1967). Comprensione e accettazione. En *Filosofi tedeschi di oggi*. Bologna: Il Mulino.
- Hannerz, U. (2001). *La divesità culturale*. Bologna: Il Mulino.
- Malizia, G. (2008). *Politiche educative di istruzione e di formazione: La dimensione internazionale*. Roma: Istituto Salesiano Pio XI.
- Mondin, B. (2003). Verità, testimonianza e dialogo. En G. Mura (cur.), *Il fondamentalismo religioso: Contributi per il discernimento*. Roma: Urbaniana University Press.
- Montessori, M. (1949). *Educazione e pace*. Milano: Garzanti.
- Neher, A. (1983). *L'esilio della parola: Dal silenzio biblico al silenzio di Auschwitz*. Casale Monferrato: Marietti.
- Orlando, V. (2003). *Educare nella multiculturalità*. Roma: LAS.

Luis Rosón Galache

Ott, H. (1983). *Il Dio personale*. Milano: Marietti.

Sottocornola, F. (2002). Alcune osservazioni sulla formazione al dialogo interreligioso. En *Concilium* 4 (pp. 139-153).

Spolnik, M. (2004). *L'incontro è la relazione giusta: L'inquietudine e la forza iniziativa del rapporto interpersonale nella pneumatologia della parola di Ferdinand Ebner*. Roma: LAS.

Vescovo, P. (1965). *Dichiarazione sulle relazioni della Chiesa con le religioni non cristiane*. Recuperado de <http://goo.gl/UW36ww> [Consulta: 30/04/2016].

CITA DE ESTE ARTÍCULO (APA, 6ª ED.):

Rosón Galache, L. (2016). Persona, encuentro en reciprocidad: Formar al diálogo intercultural. *Educación y Futuro: Revista de investigación aplicada y experiencias educativas*, 35, 71-93.